

La identidad y la representación. Elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región

(SEGUNDA DE DOS PARTES)

PIERRE BOURDIEU*

*Qu' andrà maou per lous Biarnes Couan lous lous hilhs parlen francés.
(Todo irá mal para los Berneses cuando sus hijos hablen francés)*

El efecto simbólico que ejerce el discurso científico al consagrar un estado de las divisiones y de la visión de las divisiones es tanto más inevitable cuando ocurre en las luchas simbólicas por el conocimiento y el reconocimiento; los criterios llamados «objetivos», aquellos incluso que conocen los especialistas, son empleados como armas: diseñan los rasgos sobre los cuales se puede fundar la acción simbólica de movilización para producir la unidad real o la creencia en la unidad (tanto en el seno del grupo por sí mismo como entre los otros), que en el tiempo previsto, y en particular por la mediación de las acciones de imposición e inculcación de la identidad legítima (tal como las que se ejercen por la escuela o por el ejército), tiende a engendrar la unidad real. Breve: los veredictos más «neutrales» de la ciencia contribuyen a modificar el objeto de la ciencia; desde el momento en que la cuestión regional o nacional es colocada objetivamente en la realidad social, aun cuando fuera realizado por una minoría actuada (que puede sacar partido de su debilidad incluso desarrollando la estrategia propiamente simbólica de la provocación y del testimonio para propiciar respuestas, simbólicas o no, implican un reconocimiento, todo enunciado a propósito de la región funciona como argumento que contribuye –tanto o más importantemente de lo que es reconocido– para beneficiar o desfavorecer el acceso a la existencia.

Nada es menos inocente que la pregunta que divide al mundo académico para conocer si es necesario

hacer entrar en el sistema de los criterios pertinentes no solamente las propiedades llamadas «objetivas» (como la ascendencia, el territorio, la lengua, la religión, la actividad económica, etcétera), sino también las propiedades llamadas «subjetivas» (como el sentimiento de pertenencia al grupo), es decir, las representaciones que los agentes sociales se hacen de las divisiones de la realidad y que contribuyen a la realidad de las divisiones.¹³ Una vez que los investigadores según que su formación y sus intereses específicos les conducen a ello, pasan a erigirse en jueces de todos los juicios y en criterios de todas las críticas, se autoprohíben aprehender la lógica propia de una lucha en la que la fuerza social de las representaciones no se encuentran de manera necesariamente proporcional a su valor de verdad (medida de acuerdo al grado en que ellas experimentan el estado de la relación de las fuerzas materiales en un momento considerado). En efecto, en tanto que previsiones, esas mitologías «científicas» pueden pro-



13. Las razones de la repugnancia espontánea de los «especialistas» hacia los criterios «subjetivos» merecería un largo análisis: hay un realismo ingenuo que pretende ignorar todo aquello que no puede observarse o tocarse con las manos; el economicismo, que conduce a no reconocer otros determinantes de las acciones sociales de aquéllos que están visiblemente inscritos en las condiciones materiales de existencia; hay aquellos intereses fundidos a las apariencias de la «neutralidad axiológica» que, en más de un caso, establecen toda diferencia entre el «especialista» y el militante y que prohíben la introducción en el discurso «erudito» de cuestiones y de nociones contrarias al bienestar; hay, finalmente y sobre todo, las cuestiones de honor científico que lleva a los observadores –y sin duda tanto más fuertemente si están menos confiados en su ciencia y en su estatus– a multiplicar los signos de la ruptura con las representaciones del sentido común, pero que los condena a un objetivismo reductor, perfectamente capaz de hacer entrar la realidad de las representaciones comunes en la representación científica de la realidad.

* Traducido del francés por Edgar Samuel Morales Sales. Publicado originalmente en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. No. 35, noviembre, 1980. Paris, pp. 63-72.

ducir sus propios modos de verificación si logran imponerse en las creencia colectivas y a crear, por su virtud movilizadora, las condiciones de su propia

14. Se puede admitir que durante todo el tiempo que ellos no sometían su práctica a la crítica sociológica los sociólogos están determinados en su orientación hacia uno u otro extremo: objetivista o subjetivista, del universo de las relaciones posibles del objeto, por factores sociales como suposición de la jerarquía social de su disciplina; es decir, de sus niveles de competencia estatutaria, que en un espacio geográfico socialmente jerarquizado se traduce frecuentemente por una posición central o local, factor particularmente importante cuando se trata de región o de regionalismo; pero también en la jerarquía técnica: las estrategias «epistemológicas» tan opuestas como el dogmatismo de los guardianes de la ortodoxia teórica y el espontaneísmo de los apóstoles de la participación en el movimiento que pudiera tener en común proporcionar una forma de escapar a las exigencias del trabajo científico sin renunciar a las pretensiones de la auctoritas cuando no se puede o no se quiere cumplir con esas exigencias, o solamente a las más aparentes; es decir, a las más escolares de entre ellas (como el uso constante de los textos canónicos). Pero también pueden equilibrar, por un golpe de suerte, la relación directamente comprobada en el objeto, entre objetivismo y subjetivismo, la adulación y el elogio; la complicidad mistificada y mistificadora y la desmistificación reductora, porque acepten la problemática objetiva; es decir, la estructura misma del campo de lucha en el cual la región y el regionalismo están en juego, en lugar de objetivarlo. En tanto que los sociólogos participan en el debate sobre los criterios que podrían permitir deducir el sentido del movimiento regionalista o de predecir su futura sin cuestionar la lógica de una lucha que conduce precisamente a la determinación del sentido del movimiento (si es regional, nacional, progresista o retrógrada, de derecha o de izquierda, etcétera) y sobre los criterios capaces de determinar ese sentido —como referente al movimiento obrero: ¿se puede hablar en este sentido de liberación nacional en el caso de los movimientos regionalistas? Para aquellos de los que he estudiado sus trabajos, la respuesta es negativa. Por una parte, el contenido de la reivindicación de «nación», cuando está formulado explícitamente, reposa lo más común sobre el mantenimiento o el restablecimiento de las relaciones sociales precapitalistas. Por otra parte, esto se podría hacer bajo el concepto de autogestión, que, considerado en este contexto, niega la realidad de la estructura actual del proceso de producción y de intercambio (...); que el proyecto de esos movimientos sea el de darse una base popular no lo olvido, pero el caso del Languedoc expuesto por Louis Quéré está ahí para mostrarnos que la recuperación por los movimientos de productores de consignas regionalistas se realiza de forma desfasada, cuando no en oposición, en relación a los intelectuales emisores de la ideología nacionalista. ¿Es esto desvalorizar los movimientos regionalistas tratándolos así? No, es simplemente reconocer que su enjuicio no está dado por lo que de él opinan los militantes, que su significación está en otra parte y que su impacto sobre la evolución del sistema social está lejos del contenido reivindicativo explícito de esos movimientos» (Dulong, 1976). «El problema esencial es, entonces, el de los criterios que nos permitirán dar crédito a ese tipo de movimiento de tal o cual significación social» (L. Quéré, *op. cit.*, p. 63). Se podrá leer también (pp. 67 y 68) que el autor debate la objetivación de la alternativa de la participación y el objetivismo.

15. La investigación marxista sobre la cuestión nacional o regional se encuentra bloqueada, sin duda desde sus orígenes, por el efecto conjugado del utopismo internacionalista (sustentado por un evolucionismo ingenuo) y del economicismo; esto, sin hablar de los efectos de las preocupaciones estratégicas del momento que frecuentemente ha predeterminado los veredictos de una «ciencia» orientada hacia la práctica y desprovista de una ciencia verdadera y de la ciencia y de las relaciones entre la práctica y la ciencia. Sin duda la eficacia del conjunto de esos factores se observa particularmente bien en la tesis —típicamente ejecutante— de la causa primera, que sin embargo ha estado frecuentemente desmentida por los hechos, por las solidaridades «étnicas» o nacionales sobre la solidaridad de clase. Pero la incapacidad de historiografiar ese problema (que por las mismas razones que la primacía de las relaciones especiales o de las relaciones sociales y genealógicas es formulada y resuelta en la historia) y la pretensión teorizante subrayada sin cesar de diseñar las «naciones viables» o de producir los criterios científicamente validados de la identidad nacional (Haupt *et al.*, 1974), parecen depender directamente del grado en el cual la intención realista de regir y de dirigir la orientación de la ciencia real de las fronteras y de los límites: no ha sido que por azar que Stalin ha sido el autor de la «definición» más dogmática y más esencialista de la nación.

realización. La región que se transforma en nación aparece retrospectivamente en su verdad, es decir, a la manera de la religión según lo veía Durkheim, como una «ilusión bien fundada». Pero no logran nada mejor cuando, abdicando de la distancia del observador, los académicos retoman por cuenta propia la representación de los agentes en un discurso, a falta de medios para describir el juego en el que se produjeron esas representaciones y las creencias que las fundan; no se trata de otra cosa sino de una contribución, entre muchas otras, para la producción de la creencias, en donde se trata de describir los fundamentos y los efectos sociales.¹⁴

Breve: se trata, en éste como en otros casos, de escapar a la alternativa del registro «desmistificar» de los criterios objetivos y de la ratificación mistificada y mistificadora de las representaciones y de las voluntades para mantener reunido aquello que está reunido en la realidad; las clasificaciones objetivas; es decir, incorporados u objetivados a veces bajo forma de institución (como las fronteras jurídicas) y la relación práctica, actuada o representada de dichas clasificaciones y en particular las estrategias individuales y colectivas (como las reivindicaciones regionalistas) en virtud de las cuales los actores sociales procuran ponerlas al servicio de sus intereses, materiales o simbólicos, a conservarlos y transformarlos; pero también las relaciones de fuerzas objetivas, materiales y simbólicas y los esquemas prácticos (es decir, implícitos confusos y más o menos contradictorios), gracias a los cuales los *auctores* sociales clasifican a los otros *auctores* sociales y valoran sus proposiciones en el marco de las relaciones objetivas, al mismo tiempo que las estrategias simbólicas de presentación y representación de sí mismos, que oponen a las clasificaciones y a las representaciones (de ellos mismos) que los otros les imponen.

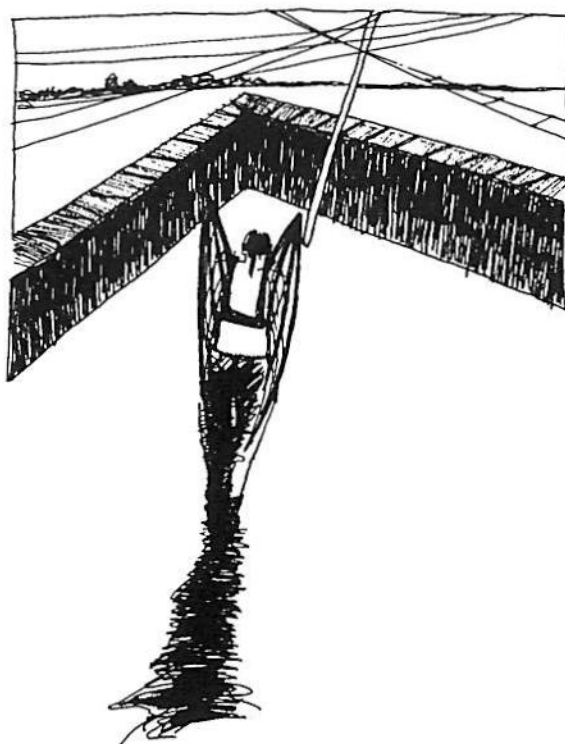
Breve: es a condición de exorcizar el sueño de la «ciencia real» investida del derecho gracioso de *régere fines* y de *régere sacra*, del poder nomotético de decretar la unión y la separación que la ciencia puede darse como objeto incluso el juego mismo en el cual se disputa el poder de administrar las fronteras sagradas, es decir, el poder casi divino sobre la visión del mundo, en donde no hay posibilidad de realizar otra elección para quien pretende jugarlo (y no sufrirlo) sino de mistificar o desmistificar.¹⁵

Dominación simbólica y luchas regionales

El regionalismo (o el nacionalismo) no es sino uno de los casos particulares de las luchas propiamente simbólicas dentro de las cuales los actores sociales se comprometen —sea individualmente y en condiciones

de dispersión, sea colectivamente y en condiciones de organización— y que tienen por materia propia la conservación o la transformación de las relaciones de fuerzas simbólicas y de los beneficios correlativos, tanto económicos como simbólicos, o si se prefiere, la conservación o la transformación de las leyes de formación de los premios materiales o simbólicos ligados a las manifestaciones simbólicas (objetivas o no intencionadas) de la identidad social. En esta lucha por los criterios de evaluación legítimos, los actores sociales comprometen intereses poderosos y a veces tanto más vitales, que la materia en discusión no es otra que el valor de la persona en tanto que se le reduce socialmente a su identidad social.¹⁶

Una vez que los dominados en las relaciones de fuerzas simbólicas entran en la lucha en condiciones de aislamiento, como es el caso de las interacciones de la vida cotidiana, no tiene otra elección que la aceptación (resignada o contestataria, sumisa o indignada) de la definición dominante de su identidad, o bien, la búsqueda de la *asimilación* que supone un trabajo destinado a hacer desaparecer todos los signos propios que recuerdan el estigma (en el estilo de vida, de la indumentaria, de la pronunciación, etcétera) y a proponer, a través de estrategias de simulación o de apariencia, una imagen de sí mismo que resulte lo menos alejado posible de la identidad legítima. A diferencia de esas estrategias que encierran el reconocimiento de la entidad dominante y en consecuencia de los criterios de juicio apropiados a constituir la como legítima, la lucha colectiva por la alteración de la relación de fuerzas simbólicas, que procura no borrar los rasgos estigmatizados, sino invertir la tabla de valores que les da su carácter de estigmas; trata de imponer, si no nuevos principios de división, por lo menos una inversión de los signos atribuidos a las clasificaciones resultante según los principios ancestrales; se trata de un esfuerzo hacia la autonomía, entendida como un poder para definir, de acuerdo con intereses propios, los principios de definición del mundo social (nomos, la división legal, la competencia legal, la ley se relaciona a nemo, compartir según la ley). Esto tiene por fin poder apropiarse, si no de todos los beneficios simbólicos asociados a la posesión de una identidad legítima, es decir, susceptible de ser pública y oficialmente afirmada y reconocida (identidad nacional), por lo menos de los beneficios negativos implícitos en el hecho de no estar más expuesto a ser evaluado o a la autoevaluación (probándose la vergüenza o la timidez o jugando a matar al anciano por un mero esfuerzo compulsivo de corrección) en función de los criterios más desfavorables. La revo-



lución simbólica contra la dominación simbólica y los efectos de intimidación que la última ejercen tiene por objeto, no como se ha dicho, la conquista o la reconquista de una entidad, sino la reaparición colectiva del ejercicio del poder sobre los principios de construcción y de evaluación de su identidad propia que el dominado tiene que rechazar en beneficio del dominante durante todo el tiempo que acepte la elección de ser negado o de renegarse a sí mismo (incluso de renegar a aquellos de entre los suyos que no quieren o no pueden renegarse) para hacerse reconocer.¹⁷

El estigma produce la reacción contra el estigmatizador, que comienza por la reivindicación pública del estigma, transformado en emblema —según el paradigma *black is beautiful*— y que se termina en la institucionalización del grupo producido (más o menos de manera total) por las consecuencias económicas y sociales de la estigmatización. El efecto del estigma lo que da a la revuelta regionalista o nacionalista no sólo sus determinantes simbólicos sino también sus fundamentos económicos y sociales, principios de unificación del grupo y puntos de apoyo

16. Se sabe que los individuos y los grupos involucran todo su ser social en las luchas clasificatorias; todo lo que define la idea que ellos se hacen de ellos mismos; todo lo inconsistente por lo cual se constituyen como «nosotros», por oposición ha «ellos», a los «otros» y al cual conciben como adhesión casi corporal. Esto explica la fuerza movilizadora tan excepcional de todo aquello que se refiere a la identidad.

17. Esta alternativa se impone también a los miembros de las clases dominadas en la medida en que la dominación económica crece al doble casi inevitablemente respecto de una dominación simbólica.

objetivos para la acción de movilización. Aquellos que creen poder condenar al sionismo simplemente condenando el racismo, olvidan que el sionismo en sus orígenes es un producto histórico del racismo (tanto como lo muestran por ejemplo las ficciones de la política encaminadas a reconocer la «identidad cultural» de los emigrados, sin al mismo tiempo conferirles la sanción jurídica de este reconocimiento; tenemos el derecho de preguntarnos si una identidad cultural fundada inicialmente sobre un estigma puede ser realmente garantizada sin la protección de un Estado independiente). Esto, incluso, si uno puede lamentar que, por una suerte de revancha de la historia, aquellos que han sido las primeras víctimas de las ideologías reaccionarias conectadas al territorio o a la sangre hayan sido constreñidas a crear todo sus elementos para construir su identidad, en tanto que el territorio y la lengua sirven comúnmente de justificación «objetiva» para la reivindicación de la identidad.

Por muy alejada que parezca del nacionalismo sin territorio, la reivindicación regionalista es también una respuesta a la estigmatización que produce el territorio de la cual es, aparentemente, producto. De hecho, se la región no existiera como espacio estigmatizado, como «provincia» definida por la distancia económica y social (y no geográfica) en el «centro», es decir, por la privación del capital (material y simbólico) que reúne la capital,¹⁸ no podría reivindicar su existencia:¹⁹ es porque ella existe como unidad negativamente definida por dominación simbólica y económica que algunos de aquellos que participan en ella pueden ser llevados a luchar (y desde luego con oportunidades objetivas de éxito y de beneficio) para cambiar la definición, para inver-

tir el sentido y el valor de los rasgos estigmatizados y que la revuelta contra la dominación bajo todos sus aspectos, incluso económicas, tome la forma de la reivindicación regionalista.²⁰

La fe universalista, proclive a rechazar el reconocimiento de los efectos particularistas y particularizantes de la reivindicación nacionalista, aceptando al mismo tiempo la reivindicación de la autonomía (Hobsbawm, 1977: 3-24), encuentra una justificación en el hecho de que, como lo demuestran entre otros casos, el destino del sionismo o los efectos paradójicos de la autonomización (inacabada) de los cantones juracianos (Carpilloz, 1976), la autodeterminación, que no es sino la negación de una heterodeterminación, no hace sino reproducir el estigma pero bajo una forma investida. Abolir el estigma realmente (y no mágicamente, es decir, por una simple inversión simbólica de los signos distintivos que puede ir hasta una redefinición de los límites al interior de los cuales la legitimidad de la identidad así definida se encuentra garantizada) supondría que se destruyeran los cimientos mismos del juego que, al producir el estigma, engendra la búsqueda de una rehabilitación fundada sobre la autoafirmación exclusiva, presente en el principio mismo el estigma; que se haga desaparecer los mecanismos a través de los cuales se puede ejercer la dominación simbólica y al mismo tiempo los fundamentos subjetivos y objetivos de la reivindicación de la diferencia que ella engendra.

No obstante esta paradoja, es por una especie de desafío formulado a la combinación racionalismo universalista-economismo evolucionista que sugería esperar efectos universalizantes en la economía y con ello la desaparición de las naciones y de los nacionalismos; se observa que estos mecanismos son, evidentemente, el producto de un comienzo de universalización (históricamente encarnado por la tradición jacobina). De tal suerte que el separatismo aparece claramente como el único medio realista para combatir o anular los efectos de nominación que ahí están implicados, de manera inevitable, en la unificación del mercado de los bienes culturales simbólicos a partir de que una categoría de los productores se ve en condiciones de imponer sus propias normas de percepción y de apreciación. Esto se ve bien en el caso de la lengua, en donde todos los efectos de nominación se encuentran ligados a la unificación del mercado que, lejos de abolir los particularismo, los ha constituido en estigmas negativos (Bordieu y Boltanski, 1975: 2-33). De esta forma el verdadero soporte objetivo del regionalismo occitano reside no en las hablas locales que, de por sí heterogéneas, ha sido desnaturalizadas y desenraizadas por

18. El espacio propiamente político de las relaciones de dominación se define por la relación que se establece entre la distribución de los poderes y de los bienes dentro del espacio geográfico, y la distribución de los actores sociales en este espacio; la sustancia geográfica respecto de los bienes y de los poderes constituyen un buen índice del poder.

19. El argumento movilizador «vivir en el terruño» debe su fuerza real —incluso para los ciudadanos— al hecho de que, aparte de los arranques afectivos, el exilio impuesto por la investigación del trabajo se acompaña de la experiencia de la devaluación simbólica de la descalificación ligada al hecho de ser conducido prácticamente a ofrecer directamente sobre mercado lingüístico dominante las actitudes «extranjeras» (de ahí la función reconocida a los submercados protegidos que se reconstituyen en el corazón del mercado dominante; del frontón parisino para Courrèges, a la asociación de amigos de los Vascones, para los empleados de la banca postal).

20. Se puede comprender en esta lógica por qué la oposición entre el Norte y el Midi se encuentran en las actitudes relativas a la región y al regionalismo: las regiones en donde la reivindicación económica y la lucha contra la dominación adquieren forma regionalista son aquellas en donde los efectos de la dominación económica son muy claramente duplicados por los efectos de la dominación simbólica (pronunciación estigmatizada, etcétera).

la confrontación con la lengua dominante, sino en el francés meridional, muy diferente del francés legítimo en lo que concierne a su sintaxis, tanto en su vocabulario, y al menos en su pronunciación, para servir de base a una devaluación sistemática de todos sus practicantes, independientemente de sus condiciones de clase (bien que la proporción y la aptitud para al «corrección» aumente cuando se eleva uno en la jerarquía social), así como a una forma suave en estado larvario de racismo (fundado sobre la oposición mítica entre el Norte y el Midi).²¹

Breve: el mercado de los bienes simbólicos tiene sus leyes, que no son las mismas de la comunicación universal, entre sujetos universales; la tendencia al fraccionamiento indefinido de las naciones que ha impactado a todos los observadores se comprende si se observa que en la lógica propiamente simbólica de la distinción, en donde existir no se reduce a ser diferente y en donde, dicho de otra manera, la existencia real de la entidad supone la posibilidad real, jurídica y políticamente garantizada, de afirmar oficialmente la diferencia; toda unificación que asimile lo diferente encierra el principio de la dominación de una entidad sobre otra, pero también el de la negación de una entidad por otra.

Es necesario entonces romper con el economicismo —marxista o cualquier otro— que reduce el regionalismo y el nacionalismo a la pasión, incluso a la patología, en tanto que, por el hecho de no reconocer la contribución que implica la representación que los actores sociales se hacen de la realidad —que aportan a la construcción de lo real— no puede comprender la contribución muy realista que la transformación colectiva de la representación colectiva proporciona para la transformación de la realidad. Pero sin olvidar, sin embargo, que hay una economía de lo simbólico que es irreductible a la economía (en sentido restringido) absolutamente real. Es así que, como señala muy bien Eric Hobsbawm (1977: 3-24), la mundialización de la economía de la cual se podría haber esperado gran influencia para la desaparición de los nacionalismos, podría haber permitido, en la lógica de la diferenciación simbólica, darse libre curso, creando así las condiciones que autorizan al separatismo, casi sin límites económicos: en efecto, el criterio del tamaño del territorio al cual se referían los teóricos (en particular marxistas) para determinar los “Estados viables”, es decir, capaces de ofrecer un mercado suficientemente amplio y diversificado, y en seguida, capaces de protegerse contra las agresiones exteriores, pierde gran parte de su significación desde el momento en que se generaliza la dependencia de los Estados (y de las naciones) con respecto a la economía y con respecto a las em-

presas transnacionales (esto todavía más en tanto que el equilibrio de las fuerzas entre las grandes potencias militares tiende a garantizar una protección de hecho para los países pequeños). No solamente la nueva división internacional del trabajo se abstiene de eliminar a los Estados pequeños y aislados, sino que es capaz de acomodarse muy bien a esas unidades oficialmente autónomas e incapaces de imponer graves problemas a los capitales extranjeros (tanto más si los poderes locales logran encontrar beneficios evidentes en la venta de su dependencia a las grandes potencias económicas). Pero simultáneamente, la redistribución de las inversiones en un territorio considerado, bajo la sola lógica de las tasas de beneficios diferenciales y la desubicación del poder que resulta de este hecho, tiende a impulsar la revuelta contra el Estado.

Una economía de las luchas regionalistas debería también determinar los principios según los cuales las diferentes categorías de agentes sociales involucrados en las luchas regionalistas de manera activa o pasiva se distribuyen entre partidarios y adversarios del poder local. Si todos los

21. Se puede pensar que además de los efectos de la transmisión directa de las ventajas sociales asociadas al capital social, la pronunciación legítima juega un rol nada despreciable en el privilegio del que se vuelven beneficiarios, por el acceso a la clase dominante, las personas que nacen en la región parisina en donde ha realizado sus estudios (privilegio que aumenta cuando uno se eleva en la jerarquía de las funciones, desde los obispos, los prefectos o los generales, hasta los directores de ministerio, los inspectores fiscales o los presidentes directores generales de las grandes empresas, todos ubicados en el centro del poder central).

Esta hipótesis encuentra una confirmación en el hecho de que la tasa de parisinos (nacidos en París o residentes de esta ciudad en el momento en que entran a sexto año) entre los alumnos de las grandes universidades crece según el mismo principio (es decir, según la jerarquía siguiente: Escuela de Puentes y Minas, Saint-Etienne y Saint Cloud, Fontenay, Ulm, Sévres, Agronomía de Nancy, Minas de París, Politécnico y, en fin, HEC, la FENA y Ciencias Políticas, que tienen más del 50% de sus alumnos residentes en París en el momento en que ingresan al sexto año). Se observa que los beneficios asociados al acento legítimo, elemento del capital asociado al nacimiento en la capital, vienen a duplicar los beneficios ligados a un origen social elevado. Es así que la oposición es todavía más marcada entre las grandes universidades si se toma en cuenta a la vez el lugar de residencia de los padres al momento del ingreso a sexto año y el origen social: así se tiene, por una parte las universidades que reclutan una parte destacada de sus alumnos entre la burguesía parisina, es decir, Ciencias Políticas, HEC, ENA y la de Minas de París, y de la otra parte, las escuelas que reclutan sus alumnos sobre todo entre la burguesía provinciana, es decir Ulm, Sévres, el Politécnico y Agronomía. Así, todo parece indicar que el peso creciente en el universo de las vías de acceso a las posiciones dominantes de Ciencias Políticas HEC o la ENA, quienes bajo apariencia de no tomar en cuenta sino criterios de selección universal, otorgan un reconocimiento particularmente señalado a las propiedades más características del hábitat legítimo, es decir, parisino (como el acento y sin duda el trato social) ha contribuido a reforzar la desventaja de la burguesía provinciana.

observadores coinciden en señalar que los intelectuales juegan un rol determinante en el trabajo simbólico —que es necesario para contrarrestar las fuerzas tendientes a la unificación del mercado de los bienes culturales y simbólicos, así como para aliviar los efectos de desconocimiento que dichas fuerzas imponen a los partidarios de las lenguas y de las culturas locales— los observadores no se aferran jamás a situar la posición de esos intelectuales en el campo intelectual nacional, que podría estar en la base de sus tomas de posición frente a las relaciones entre lo nacional y lo regional: todo parece indicar que tanto en el caso de los novelistas regionalistas estudiados por Remí Ponton como en el caso de los inspiradores de los movimientos regionalistas, el compromiso del lado regional, del local, del provincial, que proporciona a sus detentadores un capital cultural y simbólico cuyos límites con frecuencia objetivamente imputables (y casi siempre subjetivamente imputados) al efecto de la estigmatización regional, en medio de obtener un rendimiento más elevado de ese capital nacional invirtiéndolo en su mercado más restringido, en donde la concurrencia es más débil.²² Por el contrario, de acuerdo con la lógica que se observa en el conjunto de la clase dominante y en particular entre los dirigentes de la industria, los actores sociales activamente comprometidos en la lucha parecen tanto más orientados hacia lo trasregional, o lo transnacional cuanto su capital económico y cultural se

encuentra más ligado al poder central, nacional o internacional.²³

Y reencontráramos así el punto de partida, es decir, las determinaciones que la ubicación, central o local, en el espacio en que se participa, hacen pesar sobre la visión del juego que se juega y que solamente la construcción del juego, en tanto que tal, permitirá neutralizar, al menos, el tiempo que exige un análisis. ♦

BIBLIOGRAFÍA

22. Esta lógica se observa en el campo científico en donde la fusión de las disciplinas permite asegurar un dominio más amplio sobre un dominio más limitado: eso es lo que describe por ejemplo Ernst Kantorowicz, quien demuestra cómo los juristas de Bologne se apropiaron durante el siglo XII del monopolio del derecho por una división de los poderes (con relación al rey) y una diferenciación funcional de las atribuciones de las diferentes instituciones encargadas de administrar el derecho (Kantorowicz, 1961: 89-11).
23. En cuanto a aquellos que en esta lucha son partidarios del rol pasivo de los enjuenos, todo permite suponer que, además de los factores ordinarios de la propensión a aceptar la transformación o la conservación (esencialmente la posición en la estructura social y la trayectoria, ascendente o descendente que conduce a esa posición), es balance de los beneficios actuales y de los beneficios escatimados, es decir, de los beneficios obtenidos nacionalmente (salarios, pensiones, etcétera) y los beneficios gestionados por lo regional, que determina la elección. Suspendiendo la eficacia asimiladora de la institución escolar como vía privilegiada de ascensión (y de integración) social, la desclasificación (Bourdieu, 1978: 2-22) favorece las disposiciones anti-institucionales, dirigidas contra la escuela, el Estado y la familia, y lleva a la pequeña burguesía nueva a rechazar el rol de correa de transmisión de que gozaba en la lucha de la concurrencia integradora y a entrar en un actitud contestataria (ambigua) contra lo central que se acompaña de una reivindicación por la participación en los poderes locales.

- Benveniste, E. (1969). *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*. Minuit. Paris.
- Bois, P. (1960). *Paysans de L'Quest, des structures économiques et sociales aux politiques depuis L'époque révolutionnaire*. Mouton. Paris-La Haye.
- Boudeville, J. (1972). *Aménagement du territoire et polarisation*. M. Th. Génin. Paris.
- Bourdieu, P.
- ____ (1978). "Classement, déclassement, reclassement", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. No. 24.
- ____ (1979). *La distinction*. Editions de Minuit. Paris.
- ____ (1980). *Le sens pratique*. Minuit. Paris.
- ____ y Boltanski, L. (1975). "Le fétichisme de la langue", en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, No. 4.
- Carpilloz, A. (1976). *Le Jura irlandais*. Bertil Galland. Vevey.
- Dulong, P. (1976). *Deuxième rencontre européenne sur les problèmes régionaux*. Manuscrito. Paris.
- Dumézil, G. (1943). *Servius et la Fortune*. Gallimard. Paris.
- Gendarme, R. (1976). *L'analyse économique régionale*. Cujas. Paris.
- Haupt, G.; Lowy, C. y Weill, C. (1974). *Les marxistas et la question nationale*. Maspero. Paris.
- Hobsbawm, E. (1977). "Some reflections on «The Break-up of Britis»", en *New Left Review*, No. 105.
- Juillard, E. (1962). "La région, essai de définition", en *Annales de géographie*. Septiembre-octubre.
- Lagarde, P. (1977). *La Régionalisation*. Seghers. Paris.
- Lannou (1949). *Géographie humaine*. Flammarion. Paris.
- Patterson, O. (1975). "Context and choice in ethnic allegiance: a theoretical framework and caribbean case study", en Glazer, N. y Moynihan, D. (editores) *Ethnicity, theory and experience*. Harvard University Press, Cambridge.
- Reboul, C. (1977). "Determinants sociaux de la fertilité des sols", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 17-18. Noviembre.